

TRIBUTO DEL VIANDANTE (O LA POESÍA DE JAVIER ESPAÑA)

La poesía es hogar del alma humana y de la energía creadora del verbo. La poesía –ya sea hablada, escrita, danzada, cantada o actuada– ha nutrido siempre la raíz, los frutos y las obras del hombre como un luminoso árbol de imágenes, desde el origen mismo de las culturas y las civilizaciones. El sabio pueblo maya cifró en la escritura labrada de sus estelas y en la lectura de las hebras de luz que trazan las estrellas el significado recóndito de los destinos humanos.

La poesía es la materia sagrada del lenguaje, sustancia con que trabajan y urden sus salmos, sus ensalmos, sus himnos y sus cantos los verdaderos poetas. Así considerado y apreciado, “el arte de la poesía es la ciencia de la iluminación”, como nos anunció Octavio Paz. El poema es árbol de palabras que cantan.

Para el filósofo Martin Heidegger el acto poético, ontológica y axiológicamente contemplado, es “fundación del ser por la palabra”. Y la palabra, según él mismo, es “morada”, “fuente” y “un camino en la historia del ser”. Por su parte, el moderno fundador de nuestros símbolos tanto poéticos como socio-culturales, Charles Baudelaire, nos demostró con vida y obra que “el verbo es un ser vivo”.

He querido enmarcar con las anteriores señales una suerte de *poética del lenguaje* para valorar el arte literario en la obra lírica de Javier España, su rigor y armonía verbal obtenidos por voluntad y por destino; también para ubicar su obra en el atonal, caótico concierto de las nuevas voces que fatigan el catálogo postmoderno –a veces neoliberal– de la actual poesía mexicana.



Frente al “facilismo” común de los versos anémicos sin intención significativa, sin pasión ni expresión, ante el libre mercado de las becas y las vacas del sistema cultural centralista, ante la desdicha y desgracia de tantas voces ágrafas, la poesía de Javier España asume la continuidad y el desarrollo de nuestra tradición lírica: la aventura y el orden, “la imaginación y la academia”, la educación del caos; la voluntad del espíritu y la conciencia actuando sobre el idioma que heredamos y vive en la poesía de Borges, Neruda, Huidobro, Lezama Lima, Jorge Guillén, Díaz Mirón, López Velarde, Jorge Cuesta, Rosario Castellanos, Bonifaz Nuño, José Carlos Becerra, Raúl Garduño, José Emilio Pacheco...Y como el acontecer poético tiene que ver con todo lo que es entrañablemente humano y verdadero hay versos espejo de Javier España que reflejan imágenes evocadoras de John Lennon, Charlie Chaplin, Julio Cortázar o Silvio Rodríguez.

La palabra poética de Javier España ha logrado también relacionarse y convivir con la obra de poe-

tas de su generación y aún más jóvenes pero ya dueños de una memoria literaria, de los oficios de la voz y la mirada, como Juan Domingo Argüelles, Félix Suárez, Jorge Pech y Porfirio Hernández.

El autor de *Tributo del viandante* lo apuesta todo a la praxis de una “libertad bajo palabra”: sigue con imaginación y con su personal arte de decir las leyes áureas de Valéry (“del rigor surge la libertad”) y de Verlaine (“la música ante todo”); preserva en su palabra las enseñanzas bíblicas (“en el Principio era el Verbo”), las tradiciones de la poesía hispanoamericana y esta sabia advertencia de Efraín Huerta: “No desearás /la poesía/ de tu prójimo”.

José Gorostiza afirma que la poesía ha de salvarnos de los quebrantos y peligros que nos acechan. Que el hombre común y cotidiano debe acostumbrarse a llevarla como alas de redención y de gracia sobre los hombros. Debemos pues aguardar (y guardar) las palabras del poeta. En conversación reciente, el poeta Javier España me comentó con religioso humorismo: “si hay treinta poemarios justos entre los nuevos poetas de este país, la poesía se salvará, y nos salvará a todos, del apocalipsis posible”.

Acompañé a Javier España en el viaje de sus primeros libros, con algunas reflexiones sobre la precisión, firmeza, equilibrio y claridad de su voz poética: dominio del oficio, certero gobierno y despliegue de los ritmos verbales; virtudes que aparecen desde su primer título: *Presencia de otra lluvia* (Instituto de Cultura de Yucatán, 1987), y *Tras el biombo* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 1991), que anunciaba poderes líricos muy personales. Siguió luego la incursión inevitable en una *Hoja Murmurante* toluqueña de 1992, con título aleccionador: *Siempre es tarde*; después, en espiral ascendente, publica *Travesía de fuegos perseguidos* (UNAM, 1993) y *Pronunciar de ofrendas* (La Tinta del Alcatraz, Toluca, 1994).

En 1998 apareció *Tributo del viandante* en la colección “Cuadernos de Malinalco” del Instituto Mexiquense de Cultura, bajo el esmerado gusto editorial de Félix Suárez. Nuestra mirada de lector fiel se detiene en el poema “Tintero del imaginante”, correspondiente a la primera sección del libro. Aquí el

autor nos entrega una señal para abrir el velo de los misterios y los dones que conlleva la edificación verbal del texto poético. El primer cuarteto dice: “Magra retórica enmohece al pálido/ tintero del abismo derramado,/ vierte en solemnidad su indumentaria/ de criatura sitiada por la estirpe”... y el tercero (tercia de estrofas) cierra y abre nuevamente el enigma de los secretos poderes del poeta: “Página sin decir, de sanguijuela,/ oprobio que se ahoga sin espejo./ Reflujo entre sienes se apacienta./ En el imaginante muere el caos”.

Desde un texto poético memorable, Octavio Paz reveló que es precisamente en el poema –fraternidad del verbo– donde el poeta puede declarar y aclarar: “escogí el acto de palabras:/ hacerlas, habitarlas,/ dar ojos al lenguaje”.

La poesía de Javier España, como las voces interiores de la iniciación mística, como el juego de luces de la imagen poética en Quevedo o en la poesía religiosa de San Juan de la Cruz y de Carlos Pellicer, es capaz, en instantes plenos, de “limpiarnos la vista” de sombras y de ciervos falaces para ganar la luz con la pasión del verbo, con el fervor de los ritmos versificantes, con esa “amistad del lenguaje” que decía Lezama, con el lirismo de las palabras comunes.

La segunda sección de este libro, denominada “Identidad en los cristales”, quizá sea la más cohesionada e intensa dentro del propósito general del poeta de alcanzar con los destellos de vocablos inexorables y justos, a la luz del relámpago, las alianzas originarias del universo con la conciencia humana a través del lenguaje. Así, nos deja una confesión que alumbra en arcanos y confines de la voz del hombre: “La nitidez de lo invisible acusa/ el jadeo patético del nombre/ que escupe en nadie su saliva estéril”. Y esta interrogación a la palabra: “¿Quién romperá a voces los espejos?”. Impecable, implacable e indeleble es la siguiente estrofa: “La esbeltez del vocablo se desgaja/ como la rima interna en su progenie:/ padre y madre, azulísimo regreso/ a los brazos custodios del origen”.



Tal vez *Tributo del viandante* no atraiga a muchos lectores debido a la dificultad de un hermetismo aparente o del barroquismo esmerado de las combinaciones estróficas armoniosas, además de la densidad conceptual y reflexiva. Pero el lector sensible, el lector que busca con fervor y que por ello encuentra y entrega la otra cara del poema: el “verdadero significado del texto”, ese lector recibirá seguramente el misterio clarificado –esclarecido– de una deleitosa lección de *ars poética*: en el poema el sonido da el sentido; el mensaje es el lenguaje: todo lo que tocamos es lenguaje... Y somos lo que hablamos. LC

Javier España, *Tributo del viandante*, Instituto Mexiquense de Cultura, (Col.Cuadernos de Malinalco No. 36), Toluca, 1998.